

Elogio de la migraña, con perdón de Polonia

Al igual que sucede con las personas y los países, a veces incluso con los ritos paganos, hay una sombra de sospecha sobre ciertas enfermedades, a las que, de forma inopinada, se las suele mirar con reticencia: hablamos, entre otras, del reuma, de la dispepsia, del insomnio, o de la migraña. Quien no las conoce ni padece, las asocia a malestares difusos, o como poco, a criaturas hipocondríacas y enfermizas. Tienen mala prensa, en resumen, y en muchos los casos suscitan una mezcla de repudio y desdén.

El asunto de la migraña, no obstante, merece una modesta reflexión. Su impacto, de entrada, es universal y no hay rincón del planeta que se libre de sus zarpas. Se calcula, a ojo de buen cubero (según cifras de la OMS), que afecta a más de trescientos millones de personas. Se dice pronto. A *madame* migraña le es indiferente la raza o el sexo de su víctima y no es descartable que, al margen de su constitución, un pigmeo la sufra con la misma intensidad que un tagalo. Su antigüedad es milenaria y se remonta a la época de las cosechas furtivas, que es como decir a la oscura noche de los tiempos.

La novedad estriba en que, a veces, sus víctimas han obtenido de ella ventajas impensables; hasta enriquecer su vida con experiencias que podríamos calificar de reveladoras. Se sabe de casos donde la migraña ha operado como una suerte de estímulo catártico, sacando a la luz talentos o capacidades latentes. El más célebre, sin duda, se asocia al escritor británico Lewis Carroll, autor de *Alicia en El País de las Maravillas*. Aunque algunos maliciosos lo

atribuyen al consumo de setas alucinógenas, hay quien sostiene que buena parte de esa obra (o al menos, la inspiración que la puso en marcha), es fruto de un aura migrañosa. Esto no desmerece el genio del novelista, si no que agrega una pátina de interés científico (y acaso de melancólica desesperación) a su impulso creador. Aquejado de migrañas fulminantes, resulta conmovedor imaginar a Carroll paseando por el bucólico condado de Surrey, mientras construía ligeramente aturdido una de las obras más fascinantes de la literatura universal. Debemos aceptar que personajes como El Sombrero, El Gato de Cheshire o los Tweedledum, parecen salir de una bóveda craneal plagada de chispeantes puntos de luz.

Algo similar se dijo de la pintura metafísica de Giorgio de Chirico, que habló en su autobiografía de *fiebres espirituales*, seguramente aludiendo a las alteraciones sensorceptivas que, ocasionalmente, provoca la migraña. Al igual que Carroll, podemos verlo caminando por la Piazza Santa Croce de Florencia, su cerebro poroso y enardecido, mientras visualizaba alucinado el *Enigma de una tarde de otoño*. Otro tanto podemos decir de Van Gogh y de Dalí, quienes fueron capaces de extraer oro de la tortura de sus furibundas migrañas.

Incluso los grandes compositores vivieron momentos de inspiración migrañosa. Investigadores alemanes liderados por el neurólogo Hartmut Göbel (admitamos que un estudio hecho por un alemán siempre parece más sólido), afirmaron, por ejemplo, que el ritmo y las pulsaciones que Wagner imprimió a su ópera más célebre, *El anillo del Nibelungo*, encajaban perfectamente con la progresión de una jaqueca (coincidencia que podría llevar a Woody Allen -que

tanto afecto siente por las aspirinas- a pensar que la invasión de Polonia tuvo su origen en un poderoso dolor de cabeza).

Napoleón, Kennedy, Julio César... ¿Tuvo algo que ver la migraña en su forma de afrontar retos en apariencia insuperables, como la batalla de Austerlitz, la toma de las Galias o la crisis de los misiles de Cuba? ¿Encontraron en la presión que sufrían sus sienes, en los destellos oscuros que arrasaban sus ojos, una señal o un delirio agotador pero favorable? Podríamos hablar entonces de un dolor pulsátil y glacial convertido en una fuente de inspiración divergente.

¿La saña maníaca, turbadora y sensual con que Sharon Stone trituraba el hielo en *Instinto Básico*, procedía de las furiosas migrañas que mortificaban a la actriz desde su juventud? ¿También las tramas densas y surreales que concibiera en sus días de Bloomsbury, Virginia Woolf?

No diremos aquí que el genio de todos esos creadores hundiera su raíz en un dolor de cabeza colosal, pero sí que en el complejo mecanismo que genera la migraña pudiera hallarse el origen de una forma de pensar, cuando menos, singular o fuera de norma. Que sus reacciones neuronales ante determinados estímulos y la liberación de ciertas sustancias, fuera la misma que experimentaron al enfrentarse a una página en blanco, al rozar con sus dedos un lienzo desnudo, o cuando miraban a los ojos de los hombres con quienes compartirían momentos después una batalla.

Acaso la migraña, en su pureza hostil, sea una expresión severa y accidental de la fragilidad del cerebro humano, pero también de sus inmensas posibilidades. Quizá se conciten en ella nuestros peores demonios y nuestras mayores capacidades. Como si la mente de quien es capaz de construir una obra

magnífica, lleve consigo un legado oscuro y temible. Si lo pensamos bien, esa parece ser la divisa y la maldición del hombre desde su nacimiento: un cerebro llamado a descubrir galaxias inmemoriales, y condenado a sufrir dentro un dolor parecido a minúsculas estrellas hirientes... las mismas que, tal vez, se repiten como un eco misterioso en la bóveda del firmamento.